

Mi guía que habia apurado sus mejores razones, se guardó para sí ya las demás y se puso en camino suspirando. ¡Nos marchamos!

Todo lo que pude ver mientras permitió la luz del día distinguir los objetos no fueron mas que detalles del gran cuadro que tanto me habia sorprendido en su conjunto, detalles maravillosos para quien los ve, pero cansados, creo, para aquel á quien yo tratase de pintárselos. Por otra parte, entra en el plan de estas Impresiones, si es que estas Impresiones tienen un plan, hablar mas de los hombres que de las localidades.

Ya era de noche cuando llegamos á Chamouny. Habíamos caminado nueve leguas del país, que sin exageracion equivalen á doce ó catorce de Francia; era, pues, una jornada buena.

Así ya no me ocupé mas que de tres cosas, que recomiendo á todos los que quieran recorrer el camino que yo he recorrido.

Primera. — Tomar un baño.

Segunda. — Cenar.

Tercera. — Hacer que llegue á quien va dirigida, una carta de convite para comer al día siguiente con este sobre:

*A Mr. Jaime Balmat (1), Monte Blanco.*

Ahora voy á decir en dos palabras, y desde mi cama á mis lectores, quién es Jaime Balmat, apellidado Monte Blanco, si acaso no ha llegado á noticia suya la celebridad de este señor.

(1) Jaime Balmat es el Cristóbal Colon de Chamouny.

JAIME BALMAT,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

LLAMADO MONTE BLANCO Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hay dos cosas consagradas que todo viajero que pase por Chamouny debe indispensablemente ver, y son la Cruz de Flegera y el mar de Hielo. Estas dos maravillas están colocadas enfrente una de otra á derecha é izquierda de Chamouny, y á ninguna de estas cimas puede llegarse sin subir primero la base de una ú otra de las dos cadenas de montañas en cuyo centro está situado el pueblo. Y llegado al fin de la subida se domina el valle á la altura de cuatro mil quinientos piés poco mas ó menos.

El mar de Hielo que alimenta la nevada cumbre del Monte Blanco baja entre la aguja de Charmoz y el Pico del Gigante, y se adelanta hasta la mitad del valle. Allí, despues de haber llenado cual una inmensa serpiente el intervalo que separa las dos montañas entre las cuales se arrastra, abre su verdinegra garganta y de la que sale á borbotones y con gran ruido el helado torrente de Aveyron. La subida que conduce al viajero sobre esta inmensa grupa, va, como se ve, por el costado mismo del Monte Blanco, cuya mole colosal no puede abarcar la vista porque se le toca

La Cruz de Flegera, al contrario, está colocada en la vertiente de la cadena de las montañas opuestas á la del Monte Blanco. Así, á medida que se va subiendo, si no fuese por la fatiga, se creeria que el coloso que se ve delante es el que se baja poco á poco y con la docilidad de un elefante que se echa en el suelo al mandato de su cornac, para dejarse ver del mismo. Llegados al fin á la cima en donde se encuentra la cruz, el viajero descubre delante de sí, y tan claro cual si no los separase mas que la distancia de algunos centenares de pasos, todos los accidentes de nieves, hielos, rocas y bosques, que la naturaleza caprichosa puede acumular en su desorden ó en su fantasía.

La primera subida que se hace de ordinario es la de la Cruz de Flegera; esto al menos me dijo el guia que me envió el síndico, porque debe saberse que en Chamouny los guías están sujetos á un sindicato que arregla los turnos de servicio, para que ninguno de ellos haga fortuna á costa de sus camaradas, intrigando con los viajeros. Como yo no tenia ninguna particular predileccion por el mar de Hielo, dejé para la mañana siguiente la visita que contaba haerle, y partimos.

El camino de la Cruz de Flegera es bastante fácil; hay de vez en cuando un paso escarpado, algun precipicio, y tal vez unas rápidas pendientes, pero aunque yo no sea un hábil montañés, como se verá en su tiempo y lugar, salí con honor. En cuanto al camino que tenia que andar, era un paseo en comparacion de las correrías que habia hecho ya, y tres horas nos bastaron para llegar á la cima. Des-

de allí se ve de frente lo que el dia antes se veia de perfil llegando por el collado de Balmat que entonces sirve de punto de partida en el vasto panorama que se va á recorrer.

He indicado ya cuán difícil es el apreciar exactamente la distancia de las montañas, y de las ilusiones de óptica que causan la exagerada proporcion de los objetos que ve uno delante de sí. Desde la Cruz de Flegera divisábamos como á distancia de una legua de nosotros la casita blanca de tejado rojo que hay en la quebradura del collado de Balma, la que no obstante está cuatro leguas distante de allí, distancia que, si estuviese en una llanura, impediria seguramente descubrir las primeras agujas y nevera que se ven al hacerse cargo uno de las alturas que se tienen delante, son las de Tour. Se eleva esta á siete ú ocho mil piés sobre el nivel del mar. Sigue inmediatamente despues la nevera de Arguntieres y la aguja del mismo nombre, que se levanta negra y puntiaguda á la altura de doce mil y noventa piés, despues la aguja verde, cuya cima cubierta de nieve se presenta cual el gigante de la fábula, que sostiene á las águilas en su vuelo y esconde en las nieves su altiva frente. Esta aguja tiene seiscientos piés de altura mas que la anterior.

Luego de frente y apoyándose en el pié de la aguja rojiza del Dru y á los lados del Montauvert, desarrolla el mar de Hielo su inmensa salina, cuyas sólidas ondas, apenas visibles desde aquel sitio, parecen pequeñas montañas cuando se contemplan desde su base. Las cinco agujas que siguen despues

son las de Charmoz, del Grepont, de la Bletierra, del Mediodía y del Monte-Maldito. La mas pequeña tiene nueve mil piés.

Por último, se ve la cumbre mas elevada del Monte Blanco, que tiene de alto catorce mil ochocientos noventa y dos piés, según Andrés de Gy, á catorce mil seiscientos setenta y seis. De su costado nacen, y bajan al valle las neveras de Bosson y de Taconnay.

Al frente de aquella familia de gigantes, cuyas cabezas blanquea la nieve, propónese uno esta cuestion :

—¿La cima de estos montes ha estado en todo tiempo cubierta de nieve como lo está en este momento?

Tratemos de resolverla.

Dos teorías se disputan la formacion de la tierra: la neptuniana y la volcánica.

Todas las investigaciones geológicas tienden á probar que las diferentes capas terrestres resultan de un estado primitivamente fluido. La tierra, tanto en las alturas mas elevadas como en las mas profundas excavaciones, ofrece á la investigacion de los sabios materias cristalinas; luego no pueden existir cristalizaciones salinas sin liquidez. Por su parte en los extractos mas refractarios se hallan impresiones vegetales y animales, que prueban muy bien que aquellas sustancias han sido si no fluidas, ablandadas á lo menos á punto de no dejar duda de que han recibido las señales que han conservado. En fin, la disposicion generalmente reconocida de diferentes materias terrosas sobrepuestas

las unas á otras y extendidas en capas paralelas, donde quiera, donde no se ha verificado un cataclismo, no deja duda alguna sobre este punto. Ahora esta fluidez es el resultado de un calor intenso ó el de un liquido primordial. ¿Es debida al sistema volcánico ó al sistema neptuniano, al fuego central ó al Océano universal? ¿Está equivocado Hutton, ó se engaña Werner?

Como cada una de estas teorías puede defenderse con el auxilio de las razones de que se han armado sus autores, y que seria aquí muy prolijo repetir, los geólogos modernos embarazados en la eleccion, se han ocupado únicamente en recoger los hechos y comprobar los resultados; los hechos recogidos, los resultados comprobados prueban que sea primitiva, ó subsiguientemente, la tierra estuvo enteramente cubierta de agua. Las montañas calcáreas del Derbyshire y las de Graven en el Yorkshire contienen á la altura de dos mil piés sobre la mar, restos fósiles de zoófitos y escamas de pescados. La parte mas elevada de los Pirineos está cubierta de rocas calcáreas donde se descubren señales de animales marinos. La piedra de cal misma, que no ha podido conservar aquellos vestigios, disuelta en un ácido, exhala un olor cadavérico sin duda debido á la materia que contiene. A siete mil piés de altura, tres leguas encima de las casas de Stchelberg, mas elevado que el valle de Botun, cubierto hoy por las nevadas, se encuentran hermosas petrificaciones de ammonitas entre los escombros de una hundida montaña, en el lugar que llaman Kriegsmatten. El Monte Perdido á diez mil y quinientos piés sobre el

nivel del mar, ofrece restos iguales; en fin, Mr. de Humboldt los ha descubiertos también en los Andes, á catorce mil piés de elevación.

Además las tradiciones de la Biblia están acordes con las investigaciones de la ciencia. Moisés habla de un diluvio, y Cuvier lo confirma: el profeta y el sabio están acordes para contar á los hombres, á mas de tres mil años de distancia, el mismo milagro geológico; y la Academia registra como una verdad incontestable esta hermosa frase del Génesis, que Voltaire tomaba por el diluvio de la poesía:

*Spiritus Dei ferebatur super aquas.*

Partamos pues de este punto.

Toda la tierra estuvo cubierta de agua.

Esta agua soportaba, como soporta hoy la tierra, las diez y seis leguas de atmósfera que nos rodean. Bien pronto, ora porque se volatilizase por efecto del fuego interior, este taller de Vulcano, ora porque se evaporase por la acción del sol, ese ojo de Dios, comenzó á disminuir el agua del diluvio.

Entonces las partes mas elevadas de la tierra despuntaron sobre la superficie. El Chimborazo, el Imáu y el Monte Blanco aparecieron uno tras otro, cual débiles islas en medio del Océano universal. Su contacto con el aire, la luz y el calor les dotó de fertilidad, y como la capa de aire que los rodeaba debía ser casi semejante á la que nos rodea, aparecieron en ellos las plantas, los árboles, los animales y los hombres. Las tradiciones antiguas no hablan mas que de montañas elevadas. Dios crió á Adán

y Eva en el Eden. Prometeo formó el primer hombre en el Cáucaso.

Sin embargo, por una ú otra de las causas de que hemos hablado, y tal vez por su combinación, las aguas se iban siempre retirando, y á mas de las cimas se descubrían ya las faldas de los montes. Al paso que la capa de aire que habia producido la fertilidad, iba bajando gravitando sobre la superficie del agua que se retiraba, la cima de los montes quedaba en una atmósfera mas fria, y que repeliendo á los hombres les obligaba á bajar á las regiones mas templadas. La tierra primitiva que sus abuelos habian visto cubierta de flores y pastos, se convirtió en estéril, seca y desquebrajada; las aguas del cielo viniendo á juntarse á las de la tierra, que se retiraban incesantemente, arrastraron consigo el suelo vegetal, la roca primitiva apareció en su desnuda y árida escabrosidad, y llegó un día en que los hombres vieron con admiración la capa de nieve temporal, que blanqueaba las cimas que habian sido su cuna. En fin, cuando el agua dejó en seco el fondo del valle y los cerros llegaron á la atmósfera rarificada, que por lo débil de su densidad se levanta sobre los otros principios aeriformes, aquella nieve temporal se convirtió en eterna, y el hielo, invadiendo á su vez las comarcas que el agua fugitiva abandonaba, bajó cual un conquistador de las montañas á los valles amenazando tragárselos á su vez.

Además, aquí como en todas partes, la tradición popular está acorde con su ignorancia ingeniosa, con la investigación de la ciencia.

Escuchad á un labriego de la Furca, y os contará que esta montaña es el paso ordinario del Judío Errante cuando vuelve de Italia á Francia; solamente la primera vez que la pasó os dirán la halló cubierta de mieses, la segunda de pinos y la tercera de nieves.

Despues que hube contemplado á mi placer aque- inmenso cuadro, nos bajamos á Chamouny; á la mitad del camino casi, eché de ver que habia perdido mi reloj. Quise volver atrás á buscarlo, pero mi guia me dijo que eso corria de su cuenta, no debiendo perderse cosa alguna en el valle de Chamouny. Paréme en un lugar en el que se descubria una vista casi tan hermosa como la de la Cruz de Flegera, y aguardé á mi compañero, á quien al cabo de media hora vi salir contento y triunfante de un bosque de pinos que acabábamos de pasar. Habia encontrado el reloj y me lo enseñaba, agitando por la parte de la cadena; de seguro que estaba mas contento que yo. Le ofrecí una recompensa que rehusó. Este incidente nos hizo perder unos cuarenta minutos, y no llegamos al lugar hasta las cuatro de la tarde.

Al acercarnos á la posada, vi sentado en el banco delante de la puerta á un anciano de unos setenta años, que se levantó y vino á recibirme al hacerle una seña el mozo de la posada que hablaba con él. Conocí que era mi convidado, y me dirigí hácia él alargándole la mano.

No me habia engañado; era Jaime Balmat, el intrépido guia que en medio de mil peligros habia llegado el primero á la punta mas elevada del

Monte Blanco, habia abierto el camino para Saussure. El valor habia precedido á la ciencia.

Le di las gracias de haberme hecho el honor de aceptar mi convite. El buen hombre creyó que me burlaba de él, no comprendia que él fuese para mí un ser tan extraordinario como Colon, que encontró un mundo ignorado, ó como Vasco de Gama que volvió á hallar otro perdido.

Convidé á mi guia con su decano, y aceptó con tanta sencillez como habia rehusado mi dinero. Nos sentamos á la mesa; yo habia encargado de antemano la comida por la lista; mis comensales parecieron satisfechos y contentos.

Los postres suscitaron la conversacion sobre los hechos de Balmat. El anciano, á quien el vino de Montmeillan habia puesto alegre y hablador, no deseaba otra cosa. El renombre de Monte Blanco que ha conservado, prueba además está orgulloso por los recuerdos que yo invocaba. No se hizo de rogar cuando le invité á que me contase todos los detalles de su peligrosa empresa. Unicamente me alargó su vaso, que llené, así como tambien el de mi guia.

— Con vuestro permiso, mi amo, me dijo levantándose.

— En hora buena, y á vuestra salud, Balmat.

Brindamos.

— ¡Pardiez! me dijo al sentarse, sois un excelente muchacho.

Y apurando despues su vaso paladeó el vino, cerrando y abriendo los labios, y echándose sobre la espalda de la silla procuró recordar sus ideas, que

el último vaso que acababa de beber no había acelerado mucho probablemente.

Mi guía por su parte se acomodó en su asiento para escuchar mas cómodamente una relacion que ya había oído mas de una vez. Hizolo con la mayor facilidad, pues haciendo dar media vuelta á la silla en que estaba sentado, se encontró con los piés cerca del fuego, con el codo sobre la mesa, apoyando la cabeza con la mano izquierda y teniendo un vaso en la derecha.

En cuanto á mí, tomé mi album y mi lapicero, y me preparé á escribir. Así pondré á la vista de mi lector la relacion pura y sencilla de Balnat.

— ¡Hum! Esto era en 1780: yo tenia veinte y cinco años, lo que hace tenga ahora, tal como me veis, setenta y dos bien cumplidos.

Entonces estaba yo bien.... era un moceton á toda prueba, con pantorrillas de diablo y un estómago infernal. Habría pasado tres dias seguidos sin comer... ya una vez me sucedió habiéndome perdido en el Buet. Comí un poco de nieve, y nada mas.

Algunas veces mirando el Monte Blanco, decia yo entre mí:

— Buen mozo, por mas que hagas, ha de llegar un dia en que monte sobre tus espaldas... Este pensamiento me bullia siempre dia y noche en la cabeza. De dia me subia al Brebent, de donde se ve el Monte Blanco como os estoy viendo, y pasaba horas enteras buscando un camino. ¡Bah! ¡bah! decíame por último, si no lo hay me lo haré; lo que es preciso es subir. De noche era otra cosa; apenas hab'a

cerrado los ojos, cuando ya estaba caminando; subia al monte cual si hubiese un camino real, y me decia: ¡Caramba! ¡pues no era yo poco bestia en pensar que era tan difícil subir al Monte Blanco! Luego el camino se estrechaba poco á poco; pero á lo menos quedaba una buena senda como aquella de Flegera, y yo iba siempre adelante caminando. Por último, llegaba á sitios desconocidos donde el sendero se perdía y la tierra estaba movidiza, y yo me hundia hasta las rodillas. Me era igual, trabajaba. ¡Qué tonto es uno cuando sueña! Despues de mucho trabajo salia de aquellos lodazales y entonces se hacia el monte tan escabroso que era menester andar á gatas; ya entonces era otra cosa. Caminaba de dificultad en dificultad. Ponia los piés sobre las puntas de roca y las sentia menearse como los dientes cuando se van á caer. Entonces sudaba y temblaba como un azogado, ¡era una pesadilla! No importaba, yo continuaba siempre mi camino. Era como un lagarto aferrado en una pared: veia que el suelo se movia debajo de mí, pero esto me importaba poco, yo no miraba mas que al aire, esforzándome para llegar, pero me faltaban las piernas; pues aunque las tenia bien firmes, ya no podia doblarlas. Entonces clavaba en las piedras las uñas, y viendo que iba á caer me decia: ¡Amigo Jaime, si no llegas á asirme de esta rama que tienes encima de la cabeza, estás perdido! Tocaba con las puntas de los dedos aquella maldita rama y me desollaba las rodillas lo mismo que los deshollinadores, tenia agarrada la rama, y estaba firme. ¡Ay, Dios mio! Toda mi vida me acordaré de la noche

en que tuve este sueño. Mi mujer me despertó dándome un puñetazo. Imaginaos que me había colgado de su oreja y yo tiraba, tiraba como si fuese un pedazo de goma elástica. Entonces me dije: Jaime, vamos, es menester determinarte; y saltando de la cama, vestí y calcé mis polainas. — ¿A dónde vas? me preguntó mi mujer. — A buscar cristal, le respondí. — Mira, no estés inquieta si no vuelvo esta tarde. Si á las nueve de la noche no he llegado, será señal de que me quedaré fuera. Tomé, pues, un palo bien fuerte con garfios, doble mayor que uno de esos regulares, llené mi calabaza de aguardiente, y metiéndome un pedazo de pan en el bolsillo me puse en camino.

Yo había probado subir por la Mar de Hielo, pero el Monte-Maldito me había cerrado el paso. Entonces me volví por la Aguja del Góúter, pero para ir desde allí hasta la cúpula del mismo, había una especie de espina de un cuarto de legua de largo sobre dos piés de ancho; y por debajo mil ochocientos piés de profundidad. — ¡Gracias!

Por esta vez resolví cambiar de camino, tomé el de la montaña de la Cote; al cabo de tres horas había llegado á la nevera de Bossons; la atravesé, pero no era esto lo mas difícil. Cuatro horas despues me hallé en las Grandes-Mulas; llanura en que hoy se está con tanta comodidad, y yo os lo aseguro, esto era ya algo. Había ganado bien el almuerzo, me comí una corteza de pan y bebí un traguito. — ¡Bueno!

En la época de que os hablo, todavía no se había

formado en las Grandes-Mulas el relleno que hay ahora, y se estaba mal allí, y además me tenía bastante inquieto la duda de si mas arriba encontraría lugar en donde pasar la noche; en vano buscaba á derecha é izquierda, pues nada veía. Al fin continué mi camino en gracia de Dios.

Al cabo de andar dos horas y media hallé un hermoso sitio, despejado y seco; sobresalía una peña entre la nieve, y me ofrecía una superficie de seis á siete piés, que era todo lo que necesitaba, no para dormir, sino para aguardar el amanecer de un modo menos duro que en la nieve. Eran las siete de la tarde, corté mi segundo pedazo de pan, bebí otro trago y me instalé sobre la peña en donde iba á pasar la noche, en lo cual empleé muy poco tiempo, pues que la cama costaba poco de hacer.

A eso de las nueve ví acercarse la oscuridad que subía del valle cual un humo denso y que veía se adelantaba lentamente. A las nueve y media me alcanzó y rodeó completamente; no obstante, veía encima de mí los últimos rayos del sol poniente, que á poco abandonaron la elevada cima del Monte Blanco. Seguílos con la vista mientras pude verlos. Al fin desaparecieron y anocheció. Vuelto hácia Chamouny, como estaba, tenía á mi izquierda la inmensa llanura de nieve que sube á la cúpula del Góúter, y á la derecha de mí un precipicio de ochocientos piés de profundidad. Yo no quería dormirme de miedo de caer soñando, y así me senté sobre mi morral y empecé á patear y darme con la una á la otra mano para mantener el calor. Bien pronto salió pálida la luna entre un cerco de nubes, y que

del todo la cubrieron sobre las once. Al mismo tiempo veia bajar de la Aguja del Gouter una maldita niebla, que así que estuvo sobre mí empezó á escupirme nieve á la cara. Entonces envolví la cabeza con el pañuelo y me burlé de ella. A cada minuto oía la caída de los aludes que rodando retumbaban como los truenos. Las neveras crujían, y á cada crujido sentía estremecerse la montaña. Yo no tenia hambre ni sed, y experimentaba un extraño dolor de cabeza que me cogía desde la nuca hasta las cejas. Durante este tiempo la niebla continuaba. Mi aliento se habia helado sobre el pañuelo: la nieve habia empapado mis vestidos, y muy pronto me pareció que estaba desnudo. Redoblé la rapidez de mis movimientos y me puse á cantar para alejar una porcion de ideas tontas que me ocurrían; mi voz se perdía entre la nieve, y ninguno me respondia; en medio de aquella naturaleza helada todo estaba muerto, y mi voz me hacia á mí mismo una maldita impresion. Calléme porque tenia miedo.

A las dos el cielo empezó á blanquear hácia el Oriente, y con los primeros rayos del día sentí renacer el valor.

Salió el sol luchando con las nubes que cubrían el Monte Blanco, esperaba siempre que al fin las disiparía, poco despues de cuatro horas se espesaron mas y mas, y el sol fué debilitándose, y conocí por último que me seria imposible ya aquel dia ir mas lejos. Entonces, para no perderlo todo, me puse á explorar los alrededores, y pasé todo el dia visitando neveras y buscando los mejores pasos. Como

venia la noche y con ella la niebla, volví á bajar hasta el *Pico del Pájaro*, donde me cogió la noche. Paséla mucho mejor que la anterior, porque ya no estaba sobre el hielo y pude dormir un poco. Me desperté tiritando, y tan pronto como amaneció, volvíme á bajar hácia el valle, porque habia dicho á mi mujer que no estaria fuera mas que tres dias. Hasta que llegué al pueblo de la Cote, no se deshelaron mis vestidos.

No habia aun dado cien pasos fuera de las últimas casas, cuando encontré á Francisco Paccard, á José Carier y á Juan Miguel Tournier. Eran tres guías, que llevaban su palo, su morral y su vestido de viaje. Preguntéles á dónde iban, y me respondieron que á buscar unos cabritos que habian dado á guardar á unos muchachos. Como los cabritos no valen mas que cuarenta sueldos, creí por su respuesta que me querian engañar, y pensé que intentaban hacer el viaje que yo no habia podido verificar, tanto mas, cuanto que Mr. de Saussure habia ofrecido un premio al primero que llegase á la cima del Monte Blanco. Una ó dos preguntas que me hizo Paccard sobre el lugar en donde podria dormirse en el *Pico del Pájaro* me confirmaron en mi opinion.

Respondíles que todo estaba lleno de nieve y que me parecia imposible hacer alto allí: entonces, los ví hacerse una seña de inteligencia, y yo hice como que no lo veia. Retiráronse aparte, se consultaron, y concluyeron por proponerme si queria subir con ellos. Acepté, pero no quise faltar á la palabra que habia dado á mi mujer de volver á los tres dias.



Volví á mi casa á decirle que no tuviese cuidado, y mudarme las medias y polainas, y tomar algunas provisiones. — A las once de la noche, sin haberme acostado, volví á marcharme, y al cabo de una hora encontré á mis compañeros en el *Pico del Pájaro*, cuatro leguas mas abajo del lugar en que habia pasado la noche anterior: dormían como marmotas; los desperté, y al instante se levantaron y nos pusimos los cuatro en camino. Aquel dia atravesamos la nevera de Taconnay, subimos hasta las *Grandes-Mulas*, donde yo la antevispera habia pasado tan famosa noche; luego tomando hácia la derecha, llegamos á eso de las tres á la cima del *Goûter*. Y á uno de nosotros, á Paccard, le habia faltado el aire un poco mas arriba de las *Grandes-Mulas*, y se habia quedado acostado sobre la ropa de uno de sus compañeros.

Llegados á la cúspide de la cúpula vimos acercarse en la Aguja del *Goûter* una cosa negra que no podíamos distinguir. No sabíamos si era un gamo ó un hombre. Gritamos y nos respondieron, y despues, al cabo de un instante, como estábamos callados por oír un segundo grito, llegaron á nosotros estas palabras:

*¡Hola! ¡los otros! aguardad, queremos subir con vosotros.*

Los aguardamos en efecto, y mientras los aguardábamos vimos llegar á Paccard que habia recobrado sus fuerzas. Al cabo de media hora nos alcanzaron los otros, que eran Pedro Balmat y María Coutet, que habian apostado con mis compañeros que llegaría antes que ellos á la cúpula del

*Goûter*, y habian perdido la apuesia. Durante este tiempo, yo me habia aventurado á la descubierta para utilizar los momentos, andando un cuarto de legua, á caballo podria decir, en la espina ó lomo que une á la cúpula del *Goûter* con la cima del Monte Blanco. Aquello era un camino de volatineros, pero érame igual, me parece que habria llegado al cabo si no me hubiese venido á cerrar el camino el *Pico Rojo*. Como era imposible pasar mas adelante, volvíme hácia el sitio en que habia dejado á mis camaradas; pero ya no hallé mas que mi morral, pues aquellos, desesperanzados de trepar hasta la punta del Monte Blanco, se habian vuelto diciendo: — Balmat es ligero, y nos alcanzará. Halléme solo y vacilé un momento entre el desco de irme con ellos, y las ganas de intentar mi ascension. Habíame incomodado su abandono, pues un no sé qué me decia que esta vez saldria adelante con mi empresa. Decidíme, pues, por este último partido: cargué con mi morral y me puse en camino; eran ya las cuatro de la tarde.

Atravesé la grande llanura y llegué hasta la nevera de la Brinva, desde donde descubrí á Cormayor, y el valle de Aosta en el Piemonte. Cubría la niebla la cima del Monte Blanco, y no contento con subir á ella, menos por miedo de perderme, que seguro de que no viéndome mis compañeros no quisiesen creer que habia llegado hasta allí, aproveché el poco tiempo de dia que me quedaba para buscar un abrigo; pero al cabo de una hora, no habiendo podido hallarlo, y acordándome de la otra noche que os he contado, resolví volverme á

mi casa. Púseme á caminar, pero al llegar á la grande llanura, como aun no sabia guardarme la vista con un velo verde, como supe despues, la nieve me fatigó los ojos, tanto que no podia ya distinguir nada, y tenia vértigos que me hacian ver grandes manchas de sangre.

Sentéme para reponerme, y dejé caer la cabeza entre las manos. Al cabo de una media hora, tenia ya buena la vista, pero habia llegado la noche y no tenia tiempo que perder. Me levanté, y adelante.

No habia yo dado cien pasos, cuando sentí palpando con mi palo que se hundia bajo mis piés el hielo, y me hallaba á orillas de la gran grieta. Ya sabes tú, Pedro Payot (este era el nombre de mi guia), la grieta grande en que murieron los tres, y de donde han sacado á María Coutet.

— ¿Qué historia es esa? pregunté yo interrumpiéndole.

— Yo os la contaré mañana, contestó Payot, y luego, dirigiéndose á Balmat, le dijo, vamos, tio Jaime, continuad, que os escuchamos.

Balmat continuó:

— ¡Ah! ya te conozco, la dije. El caso es, que aquella misma mañana la habíamos pasado por un puente de hielo cubierto de nieve. Lo busqué; entonces no pude hallarlo, porque la noche iba oscureciéndose mas y mas, y se fatigaba mi vista tambien cada vez mas. Volvióme el dolor de cabeza de que antes he hablado; no tenia ninguna gana de comer ni beber, y violentas palpitaciones me atormentaban el corazon. Sin embargo, era preciso decidirse á permanecer junto á la grieta hasta el ama-

necer. Puse mi morral sobre la nieve, coloqué como una cortina mi pañuelo sobre la cara, y me preparé lo mejor posible á pasar una noche como la otra. Sin embargo, como me hallaba cerca de dos mil piés mas alto, el frio era mucho mas intenso, y una fria y menuda nieve me helaba hasta los huesos; sentia una pesadez y una gana irresistible de dormir, ocurríanme pensamientos tan tristes como la muerte, y yo bien sabia que estos tristes pensamientos y esta gana de dormir eran mala señal, y que si tenia la desgracia de llegar á cerrar los ojos, podria ser muy bien que no los volviese á abrir mas. Desde el sitio en donde estaba, descubria á diez mil piés debajo de mí las luces de Chamouny, en donde mis camaradas estaban abrigados al rededor de la lumbre ó en la cama. Decíame yo: Tal vez ninguno de ellos piensa en mí, y si por ventura piensa alguno, dice sin duda al tiempo de alizar la lumbre ó de taparse esta oreja con la manta de su cama: — A estas horas, aquel imbécil de Balmat estará corriendo para entrar en calor.

— ¡Buen ánimo, Balmat! — ¡No era ánimo lo que me faltaba, sino fuerza! El hombre no es de hierro y yo conocia bien que no estaba allí muy cómodamente. En fin, en los cortos intérvalos de silencio, que interrumpia de minuto en minuto la caida de los aludes y el crujido de las neveras, oia ladrar un perro en Cormayor, aunque distaba aquel pueblo legua y media del sitio en que yo me hallaba; con esto me distraia. — Era el único ruido de la tierra que llegaba hasta mí. Sobre la media noche calló el maldito del perro, y volvíme á que-

dar en ese diablo de silencio como lo hay en los cementerios, porque no cuento por nada el ruido de las neveras y de los aludes. Aquel ruido es la voz de la mañana que se queja, y lejos de tranquilizar al hombre le espanta.

A eso de las dos ví aparecer en el horizonte la misma línea blanca de que ya os he hablado. El sol la seguía como la primera vez; como la primera vez también el Monte Blanco se había calado su peluca, lo que le sucede cuando está de mal humor, y entonces no basta restregarse las manos. Yo conocía su carácter, y así me dí por avisado, volví á bajar al valle, contristado, pero no desanimado por aquellas dos inútiles tentativas, porque ahora estaba bien cierto de que á la tercera vez sería mas feliz. Al cabo de cinco horas hallábame ya de vuelta en el lugar; eran las ocho de la mañana. En mi casa todo iba bien: mi mujer me ofreció de comer, tenía mas sueño que hambre; ella quiso que durmiese en el cuarto, pero temía yo que me importunasen las moscas, fuíme á encerrar en el pajar, en donde me eché y dormí veinte y cuatro horas sin despertarme.

Tres semanas pasaron sin mudanza favorable de tiempo, y sin desminuir ni en un ápice mis vivos deseos de hacer la tercer tentativa. El doctor Paccard, pariente del guía de quien he hablado, deseaba acompañarme en esta, y convenimos en partir juntos el primer día bueno que hubiese. Al fin, el día 8 de agosto de 1786 nos pareció bastante seguro, para arriesgárnos al viaje. Fuí á encontrar á Paccard y le dije:

— Vamos, doctor, ¿estais bueno? ¿No teneis miedo al frio, á la nieve ni á los precipicios? Hablad.

— Contigo no tengo miedo de nada, me respondió.

— Pues ea, que ya es hora de trepar por esos riscos.

El doctor me dijo que estaba listo; pero en el momento de cerrar la puerta creo que el valor le faltó un poco, porque la llave no podía sacarla de la cerradura. Daba vueltas y revueltas, hasta que me dijo:

— Mira, Balmat, haríamos bien en tomar otros dos guías.

— No, señor, le respondí, ó yo subiré solo con vos ó subireis con los otros; quiero ser el primero y no el segundo.

Reflexionó un instante, sacó la llave, se la metió en el bolsillo y me siguió maquinalmente con la cabeza baja. Al cabo de un rato meneó la cabeza.

— Bueno, me dijo, me fio de tí, Balmat...

— Adelante y en gracia de Dios.

Despues se puso á cantar, pero no muy afinado. El doctor no iba muy contento. Entonces le cogí del brazo y le dije:

— Es necesario que nadie sepa nuestro proyecto mas que nuestras mujeres.

Una tercera persona entró en la confianza, y esta fué la tendera en cuya tienda nos habíamos visto obligados á comprar jarabe para mezclar con el agua, siendo demasiado fuertes para aquel viaje el vino ó el aguardiente. Como ella sospechaba alguna

cosa, se lo manifestamos todo, invitándola á mirar al día siguiente á las nueve de la mañana hácia el lado de la cúpula del Goûter, á cuya hora debíamos hallarnos allí ya, si no nos sucedía alguna desgracia ó contratiempo.

Arreglados nuestros asuntos y despedidos de nuestras mujeres, partimos á las cinco de la tarde, tomando el uno por la derecha y el otro por la izquierda del Arro, á fin de que nadie pudiese sospechar nuestro proyecto y nos reunimos en el lugar de la Cote. Aquella misma noche fuimos á dormir encima de la Cote entre la nevera de Bossons y la de Taconnay. Yo me habia llevado una manta, de la cual me serví para abrigar al doctor envolviéndolo como á una criatura, y gracias á esta precaucion pasó bastante buena noche: en cuanto á mí, dormí de un tiron hasta cerca de la una y media. A las dos apareció la línea blanca, y pronto despues salió el sol hermoso y brillante, sin nubes ni niebla, prometiéndonos en fin un famoso día. Desperté al doctor y nos pusimos en camino.

Al cabo de un cuarto de hora entramos en la nevera de Taconnay. El doctor temblaba un poco al dar los primeros pasos en aquel mar, entre aquellas aberturas cuya profundidad no puede medir la vista, sobre aquellos puentes de hielo que se sienten crujir debajo de uno, y que si llegasen á hundirse os hundirian tambien con ellos; pero poco á poco cobró aliento viéndome á mí, y salimos del paso sanos y salvos. Inmediatamente empezamos á trepar por las Grandes-Mulas, que pronto dejamos detrás. Enseñé al doctor el lugar donde yo habia

pasado la primera noche, hizo un gesto muy significativo, callóse unos diez minutos; y deteniéndose de pronto:

— ¿Crees tú, Balmat, me preguntó, que llegaremos hoy á la cima del Monte Blanco?

Yo comprendí bien de lo que trataba y le tranquilicé riéndome, pero sin prometerle nada. Subimos aun así por espacio de dos horas: desde la llanura habia comenzado á correr un vientecillo, que cada vez se hacia mas vivo á medida que adelantábamos; pero así que llegamos al saliente de una roca que llaman la Mula Pequeña, una ráfaga de viento se llevó el sombrero del doctor. Al voto redondo que echó, volvíme y ví su sombrero que iba revoloteando hácia la parte de Cormayor. Contemplábele marcharse con los brazos abiertos.

— ¡Oh! despidos de él para siempre, doctor, le dije, ¡ya no volveréis á verlo mas! ¡Se va hácia el Diamante! ¡Buen viaje!

Parecia que el viento habia tomado gusto á la burla, pues apenas habia dicho esto, cuando otra ráfaga nos obligó á echarnos en el suelo boca abajo para no irnos tras del sombrero, y en diez minutos no nos pudimos levantar. El viento azotaba la montaña y pasaba silbando sobre nuestras cabezas, y llevando torbellinos de nieve grandes como una casa. El doctor se hallaba desalentado, y yo no pensaba mas que en la tendera que á aquella hora debia estar mirando la cúpula del Goûter: así á la primer tregua que nos dió el viento me puse en pié; pero el doctor no quiso seguirme sino á gatás. Así llegamos á una punta desde donde podíamos

descubrir el pueblo. Allí saqué mi anteojo de larga vista, y á doce mil piés debajo de nosotros en el valle, distinguí á nuestra buena comadre, á la cabeza de mas de cincuenta personas que se disputaban los anteojos unos á otros para mirarnos. Una consideracion de amor propio decidió al doctor á ponerse en pié : al momento que lo hubo hecho vimos que los del pueblo nos reconocian, al doctor por su levita y á mí por mi traje habitual. Los del valle nos hicieron señas con los sombreros, y yo les respondí con el mio. El doctor no pudo, porque el suyo estaba ausente con licencia absoluta.

Paccard habia gastado toda su energía en levantarse, y ni mis esfuerzos ni el estímulo que debian darle las señas de los del valle, podian determinarle á continuar subiendo mas. Despues de haber agotado en vano toda mi elocuencia, y cuando ví que perdía el tiempo, le dije que procurase estar lo mas caliente que pudiese, moviéndose mucho ; me escuchaba sin oirme y respondia *si, si*, para desembarazarse de mí. Comprendí que debia tener frio, yo mismo estaba abotagado ; dejéle la botella y me marché solo, diciéndole que volveria á buscarlo. Recomendéle de nuevo que no estuviese quieto en un solo sitio, y marchéme. Aun no habia dado treinta pasos cuando volviendo la cabeza lo ví, que en vez de correr y saltar, se habia sentado de espaldas al viento, lo cual no dejaba de ser una excelente precaucion.

De allí en adelante el camino no presentaba una gran dificultad, però á medida que iba subiendo aire se hacia menos respirable. Veíame obligado á

pararme de diez en diez pasos como un tísico, me parecia que ya no tenia mas pulmones y que mi pecho estaba vacío. Doblé entonces mi pañuelo á manera de corbata, me lo até sobre la boca, y empecé á respirar al través de él, con lo cual me alivié un poco. Sin embargo, cada vez sentía mas y mas frio, tardé una hora para andar un cuarto de legua. Caminaba con la cabeza baja, pero viendo que me hallaba en una punta que no conocía, levanté la cabeza, y ví que al fin habia llegado á la cumbre del Monte Blanco.

Entonces volví los ojos en mi derredor, temblando por si acaso me engañaba, y de miedo de ver otra aguja ó alguna nueva punta, porque no habria tenido fuerza para subirla ; las articulaciones de mis piernas parecian sostenerse solamente con el auxilio de mi pantalon. — Pero no, no. Yo habia llegado al término de mi viaje, habia llegado allí á donde nadie habia llegado, ni aun las águilas ni los gamos ; habia llegado solo y sin mas socorro que mi fuerza de voluntad : parecia que era dueño de cuanto me rodeaba : yo era el rey del Monte Blanco, yo era la estatua de aquel inmenso pedestal. — ¡ Ah !

Entonces me volví hácia Chamouny, agitando mi sombrero á la punta de mi palo, y por medio de mi anteojo ví que los del pueblo respondian á mis señas. Mis vasallos del valle me habian visto, y todo el pueblo se hallaba en la plaza.

Pasado aquel primer momento de exaltacion, pensé en mi pobre doctor. Bajé hácia él tan aprisa como puede, llamándole por su nombre, y asustado, no oyéndole responder ; al cabo de un buen

rato, le ví á lo lejos redondo como una bola, sin hacer movimiento alguno, á pesar de los gritos que yo le daba, y que seguramente llegaban á sus oídos. Le hallé con la cabeza entre las piernas, encogido y hecho un ovillo. Toquéle en la espalda, y levantó maquinalmente la cabeza: dijele que habia llegado á la cúspide del Monte Blanco, y parece que esto le fué bastante indiferente, pues no me respondió mas que para preguntarme dónde podria echarse á dormir.

Le dije que él habia subido para llegar á lo mas alto de la montaña, y que subiria. Le sacudi para volverlo en sí, le cogí por debajo de los sobacos y le hice dar algunos pasos. Estaba entumecido y lo mismo le daba ir á un lado que á otro, y lo mismo subir que bajar. Sin embargo, el movimiento que yo le obligué á hacer le restableció un poco la circulacion de la sangre, y entonces me preguntó si por acaso tenia en mi faltriquera unos guantes como los que yo llevaba en mis manos. Eran estos de piel de liebre, que yo me habia hecho expresamente para mi excursion sin separacion entre los dedos. En la situacion en que yo mismo me hallaba, le hubiese negado los dos á mi hermano; le di, pues, uno.

A las seis, poco mas, estábamos en la cima del Monte Blanco, y aunque el sol despedia un vivo resplandor, el cielo nos parecia de un azul subido, y veíamos brillar en él algunas estrellas. Cuando dirigíamos los ojos hácia abajo, no veíamos mas que hielos, nieves, rocas, agujas, picos descarnados. La inmensa cadena de montañas que recorre el Delfi-

nado y se extiende hasta el Tirol, ostentaba sus cuatrocientas neveras resplandecientes de luz. Apenas el verdor parecia ocupar lugar en la tierra. Los lagos de Ginebra y de Neuchatel no eran mas que unos puntos azules casi imperceptibles. A nuestra izquierda se extendia la Suiza montañosa, y mas allá la Suiza de las praderas parecida á una rica alfombra verde; á nuestra derecha todo el Piamonte y la Lombardía hasta Génova; enfrente teníamos la Italia. Paccard no veia nada, yo se lo contaba; en cuanto á mí, yo no padecia, no estaba cansado ni sentia apenas aquella dificultad de respirar que poco antes casi me habia hecho desistir de mi empresa. Así estuvimos mas de treinta minutos.

Eran las siete de la noche, no nos quedaban mas que dos horas y media de día, por lo que era preciso partir. Cogí á Paccard por debajo del brazo, y haciendo con mi sombrero la última seña á los del valle, empezamos á bajar. Ningun camino trazado nos dirigia, el viento era tan frio que la nieve no estaba derretida ni aun en la superficie, sin hallar mas señal que los agujeros que habian hecho nuestros palos al subir. Paccard no era mas que un niño, sin energía y sin voluntad, á quien yo guiaba en el buen camino, llevándolo á cuestras en el malo. Cuando pasamos la grieta empezaba á anochecer, y en la grande llanura era ya de noche. Paccard se detenia á cada paso, declarando que no queria andar mas, y á cada paso, le hacia yo andar no por persuasion, porque de esto nada entendia, sino á la fuerza. A las once salimos al fin de las regiones heladas y pusimos el pié sobre tierra firme; hacia ya

una hora que habíamos perdido toda reverberacion del sol: entonces permití á Paccard que se parase, y me preparaba á envolverle de nuevo en la manta, cuando advertí que ya no se valia de las manos. Híceselo observar, y me respondió que no era extraño, pues que no las sentia. Quitéle sus guantes, y sus manos estaban blancas y como muertas, y yo mismo tenia paralizada la mia en que me habia puesto su guante fino de piel en vez del de liebre que yo dejé. Decíale que entre los dos teníamos tres manos heladas, pero esto le importaba poco, puesto que no pedia mas que donde acostarse y dormir. Díjome que me frotase con nieve la parte entumecida; el remedio no estaba lejos. Hícelo así empezando por él y acabando por mí. Luego pronto volvió á entrar en reaccion la sangre y con ella volvió el calor; pero con unos dolores tan agudos cual si nos hubiesen picado las venas con agujas. Envolví á mi pobre muñeco en la manta, y lo acosté al abrigo de una roca, cominos un bocado, bebimos un trago, y arrimándonos mucho el uno contra el otro, cuanto pudimos, nos dormimos.

A la mañana siguiente á las seis, Paccard me despertó. — ¡Qué extraño es esto! me dijo Balmat: oigo cantar los pajarillos y no veo la luz, sin duda no podré abrir los ojos.

Advertid que los tenia bien abiertos. Respondíle, que sin duda alguna se engañaba y que debía ver muy bien. Entonces me pidió un poco de nieve que derritió con aguardiente en el hueco de la mano, y se frotó los párpados; pero no por esto vió mas, solamente que los ojos le escocian mas fuertemente.

— Veamos, parece que me he vuelto ciego, Balmat. Y ahora, ¿cómo haré para bajar?

— Agarraos á la correa de mi morral y venid detrás de mí, este es un medio.

Así bajamos y así llegamos al pueblo de Cote. Allí, como temia que mi mujer no estuviese alarmada, dejé al doctor que se fué á su casa, palpando con su palo, mientras yo volví á la mia, y entonces, y solo entonces, ví cómo venia. Yo mismo no me reconocia. Tenia los ojos encarnados, la cara negra y los labios amoratados; cada vez que reia ó bostezaba me brotaba la sangre de los labios y mejillas, y por último no podia mirar á la luz.

Cuatro días despues salí para Ginebra, á fin de hacer saber á Mr. de Saussure que yo habia llegado á escalar el Monte Blanco; pero ya lo sabia, pues se lo habian dicho unos ingleses. Vinose inmediatamente conmigo y probamos la ascension; pero el tiempo no nos dejó subir mas arriba de la montaña de Cote, y hasta al año siguiente no se pudo completar su gran proyecto.

— ¡Y el doctor, Paccard, dije yo, ha quedado ciego?

— ¡Ah sí, ciego! Hace once meses que ha muerto, á la edad de setenta y nueve años, y aun leia sin gafas. No tenia mas que los ojos sumamente encarnados.

— ¿De resultas de la subida?

— No, señor, no.

— ¿Pues entonces, de qué?

— El buen hombre empinaba un poco el codo...

Al decir esto Balmatapuró su tercera botella.